

## LA MAS SENTIDA ELEGIA DE VALENCIA

Escribe: BENIGNO ACOSTA POLO

Entre las producciones de Guillermo Valencia, posteriores a "Ritos" sobresalen, por su acento petrarquesco, los dos sonetos dedicados a su finada esposa, doña Josefina Muñoz de Valencia, y que hizo grabar en la urna de mármol que guarda sus cenizas. Su devoción por ella fue siempre igual. Camilo Villegas Angel, en la oración que pronunciara en Cartagena, con motivo del fallecimiento del poeta, recordó que una noche —en Cali— entre un coro de amigos que opinaban sobre su mejor poema, Valencia insistió en su predilección por "San Antonio y el Centauro", aunque más tarde hablara de "Job" y "La Parábola del Foso". Pero en esa oportunidad agregó: "El mejor poema de mi vida es mi esposa".

Siendo ello así, no hay duda de que anduvo acertado José Ignacio Bustamante al conceptuar que al caso de Valencia y doña Josefina son aplicables las palabras de Stefan Zweig a la esposa del poeta belga Emilio Verhaeren: "Fue la constante llama interior, la fuerza lumínica que lo alentó. El visitante ocasional apenas si la veía pasar, rápidamente, por la habitación, como una sonrisa por un rostro serio. El sentido que esta noble mujer dio a su vida, su única ambición, fue la de hundirse invisible en esa obra, en esa existencia, y actuar benéficamente a fin de que la fuerza poética del esposo se desarrollara en su plenitud".

Los dos sonetos de Valencia a la memoria de Josefina forman una infrangible unidad lírica. Ambos son completos, pero se totalizan en estrechada integración sentimental. La ternura y la amarga nostalgia que los anima, alcanzan su culminación en el último terceto del segundo. El primero está adensado de amorosas notas. En sus tres primeras estrofas evoca a la amada con acento dolorido, con quejumbre que es espina y dulzor:

*De lo que fue un amor, una dulzura  
sin par, hecha de ensueño y de alegría,  
solo ha quedado la ceniza fría  
que retiene esta pálida envoltura.*

*La orquídea de fantástica hermosura,  
la mariposa en su policromía,  
rindieron su fragancia y gallardía  
al hado que fijó mi desventura.*

*Sobre el olvido, mi recuerdo impera,  
de su sepulcro mi dolor la arranca,  
mi fe la cita, mi pasión la espera...*

Si el dolor del poeta arranca a la amada de su sepulcro y su pasión la espera, no es menos cierto que en la pantalla de los recuerdos gratos, la contempla, como otrora, y remata así la "resonante cola" de este soneto:

*y la vuelvo a la luz, con esa franca  
sonrisa matinal de Primavera:  
¡Noble, modesta, cariñosa y blanca!*

La esposa fallecida ha sido recuperada espiritualmente, a la vida, con sus bellos atributos, y el dolor es apaciguado por la angelical efigie que se proyecta en la memoria del poeta.

El final de este primer soneto nos llena artísticamente, pero sentimos que algo le falta, no obstante su plenitud sentimental y de forma. Es que más que un fin de soneto, es un suspenso deliberado entre los dos sonetos, intuido por su autor. La evocación dolorosa no ha recorrido toda su trayectoria. El paréntesis de silencio se rompe con una emocionada confesión ahora sí, ante la amada definitivamente muerta. Hasta las imágenes son más expresivas, más delicadamente quejumbrosas. La confesión no puede estar impregnada de mayor énfasis:

*Que te amé, sin rival, tú lo supiste  
y lo sabe el Señor. Nunca se liga  
la errátil hiedra a la floresta amiga  
como se unió tu ser a mi alma triste.*

*En mi memoria tu vivir persiste  
con el dulce rumor de una cantiga,  
y la nostalgia de tu amor mitiga  
mi duelo que al olvido se resiste.*

*Diáfano manantial que no se agota,  
vives en mí, y a mi aridez austera  
tu frescura se mezcla, gota a gota.*

Continúa acertado Bustamante cuando afirma que aquí "aparece el poeta elegíaco dominando cumbres inaccesibles para decir su dolor y su angustia ante la imagen yacente de la amada eterna, de la compañera de sus mejores horas, de la novia de siempre, de la Musa de su corazón y de su espíritu".

Sin embargo, el clímax evocador no se detiene en esa cúspide. Sigue movilizándose en afectivo crescendo. Después de decir el poeta cuanto ella significa para él, termina con una exclamación ratificatoria de lo confesado en las tres primeras estrofas de este soneto:

*Tú fuiste a mi desierto la palmera,  
a mi piélago amargo, la gaviota,  
¡y solo morirás cuando yo muera!*

El sentimiento sirvió de estímulo al genio creador de Valencia. El primer soneto no podía bastarle. No decía todo lo que su corazón guardaba. Es apenas un prelude. Si invertimos la lectura de esta elegía, comenzándola por el primer soneto, advertimos, al punto, que al terminarla no nos sentimos tan hondamente compenetrados con el dolor del poeta. Sencillamente, porque se invierte la curva del impulso sentimental.

Poesía amorosa, de tanta depuración expresiva, solo la encontramos en los grandes bardos de todas las épocas. Sería fácil comprobarlo, empezando por Dante, pero nos conformamos con recordar a Garcilaso, cuando en su soneto V dice:

*Yo no nací sino para quereros;  
mi alma os ha cortado a su medida;  
por hábito del alma misma os quiero.*

Si reparamos el vibrar de la fuerza elegíaca, para captarlo en toda su intensidad, el oído se siente mucho más gratamente herido por los versos de Valencia, no obstante la excelente melodía de Garcilaso.